

—Te lo juro.

¿Y si sucumbo en la empresa? ¿y si el valido de la reina triunfa? ¿y si yo tengo que huir á ocultar mi desgracia y mi derrota?

—Entonces tambien seré tuya.

—¿Es decir que tú no exiges de mí, Inés, mas que el combate, la lucha, cualquiera que sea el éxito?

—Sí, con tal que luches con fé y con enerjía.

—Lo verás, porque voy á luchar, porque tú lo quieres y porque la causa es noble y justa.

El duque, verdaderamente entusiasmado, salió de la casa de D^a Inés, decidido á todo.

VIII.

Como Valenzuela miró cruzar la primera sombra en el cielo de su fortuna.

RAPIDA ha marchado nuestra narracion, pero no por eso debe creerse que el valimiento de D. Fernando y sus amores pasaron pronto y duraron poco.

Los acontecimientos referidos se comprenden y se saben en un instante, aunque para verificarse hayan necesitado medio siglo.

Y es porque el espíritu del hombre fué hecho á semejanza de Dios: con un solo pensamiento lo abarca todo, menos el infinito: lo comprende todo, menos la eternidad; la eternidad y el infinito son las frutas vedadas al entendimiento en el paraíso del espíritu; están reservadas para la divinidad.

Algunos, como Adan, han pretendido tocar el árbol vedado: la serpiente del orgullo les ha seducido; han llegado á tocar los umbrales del misterio, y al volver el rostro escuchando la risa de los demás hombres, han comprendido que estaban locos, que habian perdido la razon, es decir, el Eden.

Pero en las cosas del mundo no sucede lo mismo.

La historia de un siglo la puede conocer un hombre en una semana, la de un reinado en un día, la de un hombre en una hora.

En el tiempo necesario para decirlo, el hombre ve cien años en esta palabra "siglo."

¿Y le alcanzaria toda su vida para verlos pasar realmente?

Es porque el alma, menos la eternidad, el infinito, todo lo vé pequeño.

El cuerpo todo lo siente grande, porque no tiene mas que sentidos, y los sentidos son en sus facultades muy limitados.

Así sin querer casi hemos encerrado en unas cuantas hojas, largos años de fortuna y de felicidad para el amante de D^a María Ana de Austria.

D. Fernando de Valenzuela habia llegado en valimiento á donde nunca llegó el padre Nitardo.

Pero Valenzuela procuraba hacerse amar, buscaba instintivamente apoyo, deseaba conseguir eso que hoy se llama popularidad.

Tan luego como sintió en sus manos el poder, secretamente dando fuertes cantidades de su caja particular construyó varios edificios, hizo reponer las fachadas del palacio, hizo abastecer abundantemente á Madrid para que todo estuviese barato.

Hacia representar comedias hechas por él, en las que el pueblo tenia entrada gratis.

Daba frecuentes corridas de toros para tener entretenida á la gente, y mandó fabricar el puente de Toledo sobre el Manzanares.

Los pobres tenian alimentos baratos, trabajo y diversiones, y el pueblo estaba contento con Valenzuela.

Pero el pueblo suponía muy poco: la nobleza era la que contaba con la influencia, y la nobleza no podia querer á Valenzuela.

Para la nobleza, aquel hidalgo era casi un plebeyo, y quizá le perdonaban su elevacion y sus riquezas y sus honores y el amor de la reina, á pesar de que cualquiera se soñaba mas merecedor de todo eso que él; pero lo que de seguro ninguno de ellos podia sufrir era su talento, la superioridad de su ingenio.

No hay cosa que irrite mas á las medianías que el triunfo de la intelijencia, porque nunca se convencen de que les falta, y la envidia, que es el peor de los vicios, es el mas diligente de los consejeros del mal.

Valenzuela, como hombre superior, vivia rodeado de enemigos.

Sin embargo, ocupado constantemente en sus trabajos, dedicando sus horas de descanso á las tiernas y amantes pláticas de la reina, y no pensando sino en un porvenir de felicidad, D. Fernando no presentia siquiera que la tempestad misma que habia hundido al padre Nitardo se estaba formando sobre su cabeza.

Una mañana muy temprano, D. Antonio de Benavides entró á ver á D. Fernando.

—Buenos dias—le dijo Valenzuela al verlo—qué temprano andas por aquí.

—Quizá sea tarde ya—contestó Benavides.

—¿Tarde? vamos, á tí te ha pasado algo; tienes el rostro demudado y tomas un aire tan trájico.

—Es que hay cosas que me indignan.

—¿Te he hecho yo algo por desgracia?

—Tú no, D. Fernando, porque eres incapaz de ofender

á nadie deliberadamente, pero por eso mismo es mayor mi indignacion.

—Espícate.

—Quisiera yo callar porque temo causarte un profundo disgusto.

—No temas, siempre es bueno oír la verdad, aunque amargue.

—Pues bien, mira este papel que he arrancado de uno de los muros de palacio.

D. Fernando tomó el papel y le leyó. Era un pasquin con grandes letras escrito y que decia entre otras cosas:

“Sermones que han de predicarse en esta cuaresma del año del Señor de 1677.”

“Feria 4.^a Predican Valenzuela y el vice-canciller: *memento homo quia pulvis es et in pulvere reverteris.*

Dominica 1.^a Valenzuela al príncipe D. Juan: *Hæc omnia tibi dabo si adoraveris me.—Vade retro Satanas.*

Feria 6.^a Valenzuela: *Homo quidam erat dives Induevatur purpura.*

Dominica 3.^a La monarquía predica el mudo, y el señor D. Juan echando á Valenzuela.”

D. Fernando se puso también pálido al ver aquel pasquin, que no contenía sino insultos para él y que no indicaba sino mala voluntad y amenazas completamente des-
embozadas.

—¿Lo ves, D. Fernando, lo ves?—esclamó Benavides rechinando los dientes y apretando los puños—son unos infames, unos ingratos.

—Sí—dijo melancólicamente Valenzuela—son unos ingratos, ¿yo qué les he hecho sino beneficios? es verdad que podrán decir que yo no merecía este lugar y esta fortuna,

bien! pero desde que Dios me trajo aquí, ¿he usado yo de este poder para perjudicar á alguien?

—Pero no te apenes....

—¿Que no me apene, Benavides? sabes tú lo que es sentir el dardo de la ingratitud? ah! la ingratitud es un crimen horrible que no solo hiere al alma, sino que la envenena; la ingratitud es el lazo que tiende el infierno á las almas nobles para perderlas; sí, Benavides, porque el corazón que ha hecho bien y sufre la ingratitud, está mas próximo á caer en el vicio por este dolor, que si con halagos y dulzuras le llamaran al mal; porque la ingratitud produce el despecho.

La primera nube había pasado por el cielo de la fortuna de D. Fernando.

No creía él que todo el mundo le amaba, pero sí estaba seguro de no haber hecho mal á nadie, y esperaba que nadie le aborreciera.

Aquel pasquin le alumbraba un cuadro en que él no había pensado.

Se consideró entonces en la misma situación que el padre Nitardo: aborrecido, despreciado.

Benavides adivinó todo lo que pasaba en el corazón de su amigo y se retiró.

Entretanto el proyecto de D.^a Inés había tenido eco, y el rey Carlos II sentía ya por todas partes el odio que se respiraba en su casa contra el valido.

Ninguno de cuantos le rodeaban dejó de tomar su parte en la conspiración.

Los unos porque no habían recibido favor de Valenzuela, y los mas encarnizados porque lo habían recibido.

En el mundo, y sobre todo, en política no hay mejor modo de hacerse de enemigos que hacer favores.

Cuando un hombre llega á una posicion brillante y encumbrada, puede asegurar sin temor de equivocarse, que cuantos ha elevado se tornarán en enemigos suyos el dia en que su poder vacile, en que su astro se eclipse.

Y de estos enemigos serán los mas fieros los que con menos méritos hayan recibido mas grandes servicios.

Es que con esto se forman ellos un paracaida.

Es que con sus gritos, sus calumnias y sus dieterios al que cae, quieren hacer olvidar que por él subieron.

Así sucede, y nadie toma esperiencia en la historia, necesita adquirirla á costa de sí mismo.

No mas que esta esperiencia cede en perjuicio del corazon, lo endurece, lo pierde.

Y los hombres se vuelven malos y si llegan á subir al poder despues de una de estas lecciones, no son ya los mismos que antes eran, y no habrá que culparlos, porque lo que entonces hagan no será venganza, sino justicia.

Solo una reflexion puede consolar.

Que el hombre se asemeja mas á Dios, á medida que ha hecho mas ingratos. Feliz el que ha sufrido mil ingratitudes porque es la prueba de que ha hecho mil beneficios.

D. Fernando de Valenzuela habia procurado el bien de muchos; por eso muchos procuraban la caida de Valenzuela.

El rey Cárlos II habia llegado á odiarle tambien instintivamente, y él era hombre de rencores bastante profundos.

Por su parte; el almirante de Castilla y el duque de Medina-Cæli, escitados por el duque de Alburquerque, fomentaban ese odio.

D^a Inés era el alma de todo.

Se disponia una rejia partida de caza y D^a Inés tuvo deseos de asistir.

El jóven rey debia encontrarse en la partida, y allí estaria tambien D. Fernando de Valenzuela.

D^a Inés de Medina queria ver aquel encuentro.

Por parte de su padre el marqués de Rio-florido, la dama no encontró absolutamente obstáculo; el marqués tenia gusto en esa clase de reuniones que son siempre en la corte motivos de intrigar, y vasto campo de domésticas conspiraciones.